

EXPOSICIÓN

Con las armas bien guardadas

Norberto Gómez retoma su obra gráfica trasmutada, en una mirada actualizada de la propia biografía artística, habla de otro tiempo y nos ofrece visitar sin temor los dibujos donde anidaba el huevo de la serpiente, en el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti.

La exposición "Norberto Gómez también dibuja" exhibe una serie de dibujos de grandes dimensiones y una maqueta de seis metros de "Torres de la Memoria", cuya original está instalada en el Parque de la Memoria desde 2012.



ampliar (http://www.telam.com.ar/advf/imagenes/2013/10/525ecb0377d46_800x455.jpg)

El artista reconocido como escultor muestra aquí una faceta desconocida, con estos dibujos ampliados que "no son imágenes que luego veremos en bronce, yeso o polyester, sino que fueron hechos por el simple deseo de dibujar y realizados sobre los papeles que tiene a mano", afirma el curador Alejandro de Ilzarbe.

Algunos de estos dibujos fueron acompañantes periféricos en muchas de sus muestras que, a escala íntima, pasaban casi desapercibidos frente a la contundencia de su escultura. Por eso, en 2010, mientras preparaba el libro de obra gráfica que acompaña la muestra, el artista decidió ampliarlos e imprimirlos.

Estas impresiones digitales se pueden repartir en tres series. Las primeras son como juegos visuales, grafismos de un automatismo libre, volutas que se vuelven redes en tres dimensiones por el puro efecto del lápiz.



En segundo término están las escenas con aire de historieta, una pasión que atrapó al artista desde su juventud y que se refleja en el tratamiento de la imagen, que parece extraída de grabados antiguos. Y es la única serie donde aparecen personajes y pequeños elfos.

Y dentro de esa estética de ilustración, el reino vegetal se anima y crecen formas arborescentes, enredaderas que reivindican lo ornamental o cubren el plano de senderos anudados que forman una trama compacta.

En esta ocasión Gómez presenta también dibujos digitalizados en 3D inspirados en las armas de cartón que realizó en 1985 y la única obra escultórica de la exhibición: una maqueta del monumento "Torres de la memoria", emplazado en el Parque de la Memoria de la Ciudad de Buenos Aires.

Norberto Gómez nació en Buenos Aires, en 1941. Hijo de una familia de inmigrantes españoles, de niño recibió la influencia de su tío luthier y concertista de guitarra y de su padre ebanista.

A los 13 años ingresó en la Escuela de Bellas Artes Manuel Belgrano, la que abandonó dos años después. Él creía ser pintor y frecuentó los Talleres de Castagnino, aunque su formación en la técnica fue en el taller de cartelería, donde fabricaban grandes marquesinas para los cines, escenografías y stands para publicidad, trabajo que recién pudo abandonar a los 50 años, para dedicarse de lleno a la escultura.

En 1965 se fue a Europa y en París trabajó con Julio Le Parc, asistiéndolo en la realización de su envío a la Bienal de Venecia.

Al volver, ya escultor, producía obras geométricas minimalistas. Estructuras primarias en transformación. Al tiempo esas formas se fueron ablandando y

derritiendo, dando lugar a las tripas y osamentas de polyester que realizó a mediados de los años 70.

Una obra literalmente visceral, que configura esa estética de la violencia que fue emblemática en su trabajo.



“Las obras que hice en la época del proceso [las parrillas] no tienen título porque yo no les podía dar un título. Todo eso no tiene nombre, no tiene ni pies ni cabeza. Pero eso no me importó. Hice unas obras que eran tripas. El material todavía no se había endurecido y yo tenía que buscarles un apoyo, una disposición. Entonces las tiraba por el aire y como caían, caían”, confiesa el escultor.

Norberto Gómez, artista visceral, nos mostraba hacia 1978 lo que nadie quería ver: sale del primer minimalismo de los 60 para revelar, como en un vómito de furia, los restos de los cuerpos deshechos.

Se pelea con la materia y con lo que queda monta las tripas sobre unas parrillas, vísceras del color de la podredumbre, un grito pelado, un dolor agudo hecho de marrones y excremento.

El autor comenta: “Al asado en cruz le pusieron crucifixión. Por ejemplo el cordero: la relación era con el sacrificio”.

Símbolos del horror envueltos en un silencio oscuro y los desechos del hombre en manos de la dictadura.

Después de los 80 se vuelve hacia los perpetradores, los que ejercían la violencia en esos cuerpos, pero encarnados en los elementos de tortura medievales: como un muestrario anodino y museográfico de artefactos arcaicos, elipsis de utilería para decir lo no dicho, expone el arma y no al que la empuña.

Una retórica de la barbarie que se manifiesta en la pregunta, si acaso algo había cambiado desde la edad media a ese presente monstruoso.

Qué muestra Gómez en esas “parrillas”, sino las entrañas a la intemperie. Lo que ya no es humano sino un amasijo de tripas y formas viscerales, pero quizás también escatologías de aquel poder omnímodo y terrorífico que aniquila.

Ya no era el palito de abollar ideologías, del que hablaba Mafalda, signo de otra época, sino una máquina mortífera. Gómez mostraba ese desagradable espejo de resinas machacadas y pigmentos utilizados a como dé lugar, fuera de técnica, fuera de orden, como la vida de entonces que era muerte.

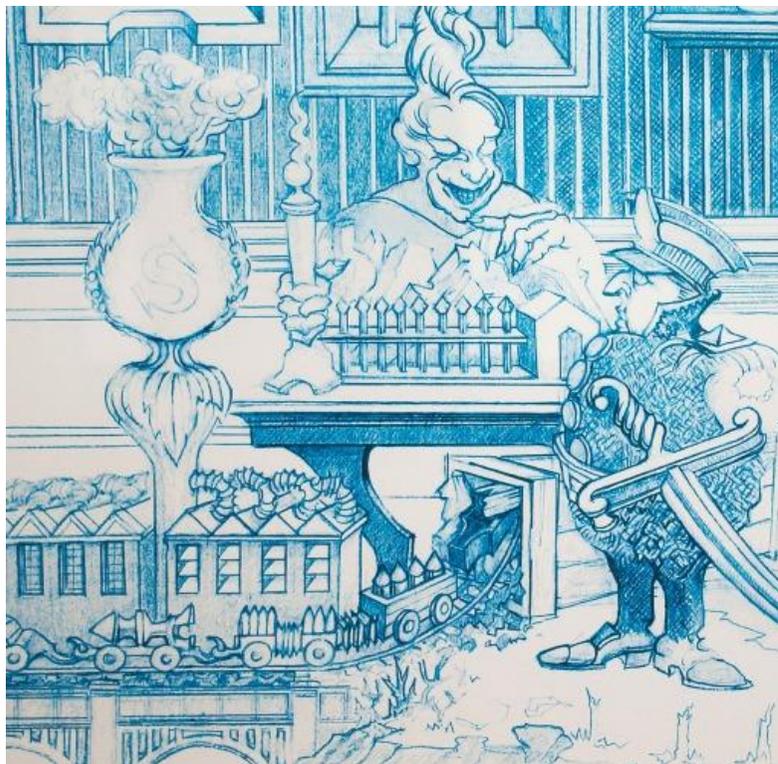


Después fue la máquina, sola, aislada, monumentos de la tortura, encarnados en piezas del medioevo, sin títulos. La martirización en pedestales, que no fueron realizados en materiales nobles, entonces se los puede maltratar y emprender a golpes.

Aquí el artista no sólo se expresa en la obra terminada, sino que en la misma acción del hacer escenifica y padece catárticamente la acción en la materia. En definitiva, el horror en un simulacro de cartón pintado de fácil destrucción.

En la sala del Haroldo Conti aparecen como en una vitrina oscurantista la maqueta roja de “Torres de la memoria” y una colección de réplicas impresas en papel de otros artefactos mortíferos, que ahora sólo llevan el discurso a cuestas, la inmanencia de la amenaza, como fotos de museo, enormes, para que sepamos, para que conozcamos el poder a secas.

Qué nos dice Gómez con esa artesanía obsesiva de las armas que se empuñan, no entre iguales en una lucha, sino de destrucción sobre el derrotado, el débil, la víctima. Herramientas de masacres.



Es que estos tiempos son otros y otro es el artista a sus 72 años, que no recuerda cómo era cuando los hizo, pero igual vuelve sobre esos dibujos, sobre los pasos previos, que no son proyectos de esculturas sino grafismos amplificadas, sensibles, formas que se revuelven y se adivinan enredadas, pura línea, pura forma que se hace volumen a fuerza de grafito.

Si bien el artista no se detuvo en las víctimas, hombres y mujeres torturados, en aquellas “parrillas”, muestra la interioridad deshecha de los cuerpos, las vísceras a la intemperie. Esa condición no humana a la que fueron sometidos.

Pero también puede ser la visión de una sociedad que permitió eso que no tiene nombre. Tampoco encarna a los torturadores en las otras esculturas, sino las armas que carga el diablo.

Testimonio aquí y en el Parque de la Memoria con esta torre-arma clavada en la tierra, oblicua, como un apunte en la geografía y en la historia, una evidencia de la máquina mortífera, del monumento a la tortura que lastima esta tierra cerca del río. Como Testimonio de lo que el hombre es capaz.

En este espacio donde funcionó la ESMA, el artista nos muestra las señales de la desgracia en una utilería de la derrota y entre el lirismo de esos dibujos primigenios, descargados, y los bocetos de una escenografía donde crecía el huevo de la serpiente.

Norberto Gómez advierte en una puesta en escena de cartón pintado que detrás de esto, o antes, quedaron las vísceras a la intemperie, como una denuncia callada. Y acaso interroga sobre la sociedad que se comió los hijos.

A partir de esos trabajos donde no aparece la figura humana, como si en esos actos desnaturalizados no hubiera lugar para lo humano, sólo restos y objetos maléficos, el hombre está desaparecido. Es por eso que con la distancia de los años transcurridos y los pasajes de la obra al papel, nos habla de otro tiempo, del tiempo de barbarie.

El retorno sobre sus obras, trasmutadas y manipuladas por estos cambios de formatos y soportes, es un intento de una mirada actualizada de la propia biografía artística. En este tiempo y en este espacio, la obra gráfica de Norberto Gómez nos ofrece una nueva perspectiva de nosotros y de nuestra tragedia.

“Está la muerte y está la muerte de matar. De lo que estamos hablando es de esa muerte, no de la muerte en general. La acción de proveer muerte no es natural”, afirma el artista, mientras agrega: “Yo transito un camino que es poético más allá de político, aunque al final todo se vincule con la sociedad. Es inevitable, no nos podemos hacer los tontos. El arte está ahí”.

“Todo es político. Callarse también”, concluye.





Si alguna vez los militares dijeron que las urnas están muy bien guardadas, a la luz de esta exposición podemos decir ahora que las armas están bien guardadas y se presentan aquí como recordatorio. Como advertencia de la violencia sin rostro, como testimonio del terror y la masacre. Una dimensión que nos permite observar sin temor la resaca del horror.

En el Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti, en el predio de la ex ESMA en Avenida Del Libertador 8151, CABA, hasta el 10 de noviembre.